Imprimir

Como activista progresista, estoy consternado por la elección aplastante de Ferdinand Marcos Jr. Pero como sociólogo, puedo entender por qué.

No me refiero al mal funcionamiento, intencionado o no, de más de mil máquinas de votación. No me refiero al reparto masivo de miles de millones de pesos para la compra de votos que hizo de las elecciones de 2022 unas de las más sucias de los últimos años. Tampoco tengo en mente la campaña de desinformación en internet de una década que transformó los años de pesadilla de la ley marcial en una “edad de oro”.

¿Un resultado democrático?

Sin duda, cada uno de estos factores influyó en el resultado electoral. Pero los más de 31 millones de votos (o el 59 por ciento del electorado) son simplemente demasiados para atribuirselos, incluso si se agregaran. La verdad es que la victoria de Marcos fue en gran medida un resultado democrático en el sentido electoral estricto, y el desafío para los progresistas es entender por qué la mayoría desbocada del electorado votó para traer de vuelta al poder a una familia de ladrones impenitentes después de 36 años. ¿Cómo pudo la democracia producir un resultado tan caprichoso?

La verdad es que no importa cuán ingeniosa o sofisticada haya sido la campaña en Internet, habría tenido poco impacto si no hubiera habido una audiencia receptiva para ella. Si bien el mensaje revisionista de Marcos también contó con el apoyo de las clases media y alta, esa audiencia era en números absolutos en gran parte de clase trabajadora (clases “D” y “E” en la jerga de los encuestadores). También era en gran parte una audiencia joven, más de la mitad de los cuales eran niños pequeños durante el último período de la ley marcial o nacidos después del levantamiento de 1986 que expulsó a Marcos, mejor conocido como la “Revolución EDSA”. Esa audiencia no tenía experiencia directa de los años de Marcos. Pero lo que tuvieron fue experiencia directa de la brecha entre la retórica extravagante de la restauración democrática y las promesas de un futuro justo e igualitario del Levantamiento de EDSA, por una parte, y las duras realidades de desigualdad, pobreza y frustración

continuas de los últimos 36 años, por otra. Esa brecha se puede llamar la “brecha de la hipocresía”, y es la que ha creado un resentimiento cada vez mayor cada año que la oligarquía surgida de EDSA celebraba el levantamiento del 25 de febrero o lloraba la imposición de la ley marcial el 21 de septiembre.

¿Un voto en contra del statu quo de EDSA?

Visto desde este ángulo, el voto de Marcos puede interpretarse en gran medida como un voto de protesta que surgió por primera vez de manera dramática en las elecciones de 2016 que impulsaron a Rodrigo Duterte a la presidencia. Aunque probablemente incipiente y difuso al nivel de la motivación consciente, el voto por Duterte y el aún mayor voto por Marcos fueron impulsados por un resentimiento generalizado ante la persistencia de una gran desigualdad en un país donde menos del cinco por ciento de la población acapara al 50 por ciento de la riqueza. Fue una protesta contra la pobreza extrema que sumerge al 25 por ciento de la población y la pobreza, en sentido amplio, que tiene a alrededor del 40 por ciento de ellos en sus garras.

Contra la pérdida de empleos y medios de vida dignos debido a la destrucción de nuestro sector manufacturero y nuestra agricultura por las políticas que nos imponen el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial del Comercio y los Estados Unidos. Contra la desesperación y el cinismo que envuelven a la juventud de las masas trabajadoras que crecen en una sociedad donde aprenden que la única manera de conseguir un trabajo digno que te permita salir adelante en la vida es yendo al extranjero. Contra los golpes diarios a la dignidad de un sistema de transporte público podrido en un país donde el 95 por ciento de la población no tiene automóvil.

Estas son las condiciones que la mayoría de los votantes de Marcos de Clase D y E experimentaron directamente, no los horrores del período de Marcos, y su resentimiento subjetivo hacia ellos los preparó para los atractivos seductores de un regreso a una “Edad de Oro” ficticia.

En las elecciones presidenciales, toda la fuerza de este resentimiento contra el statu quo de EDSA se dirigió a Robredo. Injustamente, ya que es una mujer de gran integridad personal. El problema es que ante los ojos de los marginados y pobres que apoyaron a Marcos, ella no pudo desligar su imagen de sus relaciones con el Partido Liberal, el conservador neoliberal Makati Business Club, la familia del asesinado Benigno Aquino, Jr. , el doble rasero de la corrupción que convirtió el lema "kung walang korap walang mahirap" de Benigno Aquino III ("donde no hay corrupción, no hay pobreza") en un objeto de burla tanto como el color amarillo y, sobre todo, con el fracaso devastador de la Republica EDSA, después de 36 años.

La retórica del "buen gobierno" puede haber resonado en la base de élite y clase media de Robredo, pero para las masas sonaba a la misma vieja hipocresía. El buen gobierno o "tapat na papamalakad" sonaba en sus oídos como si los liberales se pintaran a sí mismos como la "gente decente" que los llevó a la derrota en las elecciones de 2016 y al ascenso de Rodrigo Duterte.

Además, la base de Marcos no era una masa pasiva e inerte. Alimentados con mentiras por la maquinaria troll de Marcos, un buen número de ellos se batieron con avidez en internet con los simpatizantes de Robredo, los medios, los historiadores, la izquierda, con todos aquellos que se atrevieron a cuestionar sus certezas. TV Patrol, 24 Oras y otros programas se convirtieron en sitios cuyas secciones de comentarios se llenaron de propaganda a favor de Marcos: muchos de ellos glorificaban a Marcos o satirizaban injustamente a Robredo.

Rebelión generacional

Esta protesta contra la República EDSA tuvo un componente generacional. Ahora, no es inusual que una nueva generación se oponga a lo que la vieja generación aprecia. Pero suele ocurrir que la generación más joven se rebela al servicio de una visión de futuro, de un orden de cosas más justo. Lo que era inusual con las generaciones millennial y Gen Z de las masas trabajadoras era que no se inspiraban en una visión del futuro sino en una imagen fabricada del pasado, cuya capacidad de persuasión se vio reforzada por lo que sociólogos como Nicole Curato han llamado la "positividad tóxica" de la personalidad virtual de Marcos Junior, donde

fue reconstruido con cirugía cibernética para parecer un tipo normal, de hecho benigno, que simplemente quiere lo mejor para todos.

Vacío a la izquierda

Ahora, desde la Revolución Francesa hasta la Revolución Filipina, la Revolución China, el movimiento global contra la guerra de la década de 1960 y la Tormenta del Primer Trimestre, fue la izquierda la que generalmente ofreció la visión a la que se aferraron los jóvenes para expresar su rebelión generacional. Desafortunadamente, en el caso de Filipinas, la izquierda simplemente no ha podido ofrecer ese sueño de un orden futuro por el que valga la pena luchar. Desde que no logró influir en el curso de los acontecimientos en 1986 al asumir el papel de espectador durante el levantamiento de EDSA, la izquierda no ha logrado recuperar el dinamismo que la hizo tan atractiva para los jóvenes durante la ley marcial.

Su marginación deliberada durante el Levantamiento de EDSA condujo a la fragmentación del movimiento progresista a principios de la década de 1990. Además, el socialismo, que había servido como faro durante generaciones desde finales del siglo XIX, se vio gravemente empañado por el colapso de las burocracias socialistas centralizadas en Europa del Este. Pero quizás lo más dañino fue la falta de imaginación política. La izquierda fracasó a la hora de ofrecer una alternativa atractiva al orden neoliberal que reinó a partir de fines de la década de 1980, reduciendo su presencia en el escenario nacional a una voz que ladraba los fracasos y abusos de las sucesivas administraciones.

Esta falta de visión se sumó a la incapacidad de idear un discurso que captara y expresara las necesidades más profundas de las personas, con su dependencia continua de frases hechas y formulas de la década de 1970 que simplemente parecían ruido en la nueva era. También estaba la continua influencia de una estrategia de organización de masas “vanguardista” que podría haber sido apropiada bajo una dictadura pero que estaba desconectada del deseo de la gente de participar genuinamente en un sistema democrático más abierto. Los tiempos exigían a Gramsci, pero gran parte de la izquierda se quedó con Lenin.

Este vanguardismo en la organización de masas se combinó, paradójicamente, con una estrategia electoral que quitó énfasis a la retórica de clase, tiró por la borda prácticamente todas las referencias al socialismo y se conformó con ser un mini socio en las elecciones con las facciones contendientes de la élite capitalista. Sin duda, no se puede dejar de enfatizar la importante represión estatal ejercida contra algunos sectores de la izquierda, pero lo que fue decisivo fue la percepción de que la izquierda era irrelevante, o peor, una molestia por parte de grandes sectores de la población como recuerdo de su papel heroico durante la ley marcial se desvaneció.

La naturaleza aborrece el vacío, como dicen, y cuando se trataba de capturar la energía generacional de la juventud de clase trabajadora en el último período de EDSA, ese vacío fue llenado por el mito revisionista de Marcos.

La inestabilidad que viene

Esta es la narrativa contra la que se desarrollaron las elecciones de 2016. Pero lo bueno de la historia es que es abierta y en gran medida indeterminada. Como observó un filósofo, las mujeres y los hombres hacen la historia, pero no en las condiciones que ellos mismos eligen. La élite gobernante puede luchar por el control de hacia dónde se dirige la sociedad, pero esto a menudo se ve frustrado por la aparición de contradicciones que crean el espacio para que los sectores subordinados intervengan e influyan en la dirección de la historia.

El sector Marcos-Duterte actualmente se regodea detrás de la fachada de sus llamamientos a “enterrar el hacha”, y deberíamos esperar que esta espuma se desborde en el período previo al 30 de junio. A partir de esa fecha, cuando asuma formalmente el poder, la realidad pasará factura a esta pandilla. La alianza Marcos-Duterte, o lo que ahora es el círculo de múltiples dinastías políticas en torno al eje Marcos-Duterte, es una connivencia de conveniencia entre familias poderosas y, como la mayoría de las alianzas de este tipo, que se basa únicamente en el reparto del botín, resultará muy inestable. No me sorprendería que, después de un año, los Marcos y los Duterte estén estrangulandose los unos a los otros, algo que podría presagiar el hecho de que a la vicepresidenta electa Sara Duterte se le negara el poderoso

puesto de responsable del Departamento de Defensa Nacional y se le otorgara, en cambio, la posición relativamente impotente de secretaria del Departamento de Educación.

Esta inevitable lucha por el poder se desarrollará con el telón de fondo de millones que se dan cuenta de que no han sido conducidos a la tierra prometida de leche y miel y el kilo de arroz a 20 pesos, con un sector empresarial patas arriba que aún tiene recuerdos del capitalismo de compinches de los años de Marcos padre, y con un ejército dividido que tendrá que trabajar horas extras para contener la inestabilidad desencadenada por el regreso de una controvertida dinastía que el mismo —o una facción — contribuyó a derrocar en 1986. Pero probablemente el elemento más importante de este escenario volátil es la existencia de un gran sector, de hecho millones de personas, que están decididas a no proporcionar la más mínima legitimidad a una pandilla que ha engañado, mentido, robado y sobornado para llegar al poder.

Al votar por Marcos, 31 millones de personas votaron por seis años de inestabilidad. Es una desgracia. Pero ese es también el lado positivo de este escenario sombrío. Uno de los organizadores de cambio más exitosos del mundo observó: “Hay un gran desorden bajo los Cielos pero, camaradas, la situación es excelente”. Las crisis inevitables del régimen de Marcos-Duterte ofrecen oportunidades para organizar un futuro alternativo, y esta vez será mejor que los progresistas lo hagamos bien.

Walden Bello, fue candidato a vicepresidente en las recientes elecciones en Filipinas. Es analista sénior en Focus on the Global South, con sede en Bangkok, y profesor adjunto internacional en la Universidad Estatal de Nueva York en Binghamton. Autor o coautor de 25 libros, fue miembro de la Cámara de Representantes de Filipinas de 2009 a 2015.
Fuente:
https://sinpermiso.info/textos/filipinas-por-que-el-hijo-de-un-dictador-odiado-ha-ganado-las-elecciones-y-las-consecuencias
Foto tomada de: eldiario.es